

UNA LECCIÓN QUE APRENDER

Una tremenda tragedia se abatió sobre Chile entre estos dos últimos números de la revista. Como en todos los momentos impresionantes de la vida, cada uno de nosotros recordará para siempre qué hacía esa madrugada el 27 de febrero pasado, en el momento del terremoto. En lo particular, aparte de las memorias del sacudón interminable, el correr a casa de los hijos y pasar la noche en la calle, apenas, alumbrar el sol, recuerdo comenzar a ver los resultados de la tragedia: la gente desorientada en las plazas y en los cerros, las casas y los edificios resquebrajados y muchos en el suelo, las calles partidas. El asombro no terminó esa mañana: todavía perdura. Ver los desmanes y la pérdida de las normas cívicas con tanta facilidad, fue de lo más duro. Luego, con los días y las semanas y hasta los meses, hemos seguido descubriendo destrucción en los lugares más apartados.

Cada uno de nosotros tendrá su historia, pero particularmente impresionante fue ver, por ejemplo, lo que paso en el puerto de Talcahuano porque a varios días del evento se había informado muy poco de las casas en el suelo, los barcos en las calles y el barro a cientos de metros costa adentro, en medio y dentro de las viviendas y edificios. Otros puntos de los que sabíamos poco y que he visto en persona hace pocos días, es en la costa más al sur del Golfo de Arauco, donde casi todo un pueblo, Llico -que había conocido como turista pocos meses atrás- fue literalmente barrido por el agua. Llegamos con mi equipo, a media tarde de un día invernal y parados en una especie de pantano por donde transcurre el camino que llega al mar, luego de un rato nos dimos cuenta que eso era lo único existente del poblado. Aquí y allá, una superficie embalsada era todo lo que quedaba de algunas casas. Después de varios meses, eso no puede dejar de acongojar.

Ernesto Sábato escribió años atrás que la esperanza es más grande que el desaliento pues apenas pasada una tragedia “los seres humanos, como hormiguitas tontas pero heroicas, comienzan a reconstruir su pequeño mundo de todos los días”. Y así, como individuos, como familias y como sociedad estamos reconstruyendo nuestro entorno nuevamente.

Grandes tareas nos esperan. No se trata sólo de volver a tener lo que tuvimos sino mejorarlo y aprovechar las oportunidades que se nos brindan. Podremos ahora construir mejores ciudades que antes, pero deberemos hacerlo con la participación de las personas –no es el momento para el autoritarismo ni para el “yo sé qué es lo que te conviene”- y con respeto por las condiciones del entorno. Deberemos tener mejores diseños urbanos para minimizar los efectos de nuevos sismos, inundaciones y maremotos, propios de nuestra geografía, lo que constituye un desafío para planificadores, arquitectos e ingenieros chilenos. También deberemos tener buenos sistemas de alerta –estamos años detrás de, por ejemplo, Centro América- y mejores protocolos cívicos para luego de la tragedia. También deberemos pensar en las localizaciones de los servicios básicos, en la obligatoriedad de ciertos seguros y cómo recuperar la producción y la educación en el menor tiempo posible.

En fin, lo que pasó quedará en la historia como uno de los momentos claves y más duros del país y de cada una de nuestras vidas. Pero ya pasó y el gran desafío es si tendremos la habilidad, la inteligencia, la capacidad y la generosidad para salir de esto con un país mejor.